

su voluntad. Suponiendo siempre en otros los móviles mas bajos y villanos; sin comprender que ninguno se moviera por impulsos nobles é ideales, era siempre desconfiado; y recelando en todas las personas y en sus actos intenciones traidoras y temiendo siempre peligros, procuraba escudriñar y desbaratar las intrigas que los demás pudieran intentar contra él. Este era el rey Luis XI, hijo de su época, por nadie comprendida tan bien como por él, y á la cual nadie supo explotar como él para hacerla servir á sus proyectos

egoistas. Conocía los defectos y las debilidades de la sociedad que le rodeaba, y sin ser genio profundo ni extraordinario bajo ningun concepto, sabia dominarla, ya por la astucia, ya por la fuerza. Sembrando la desconfianza y la discordia entre sus enemigos excitó hábilmente á los unos contra los otros á fin de que se destruyeran ó arruinaran mutuamente hasta dominarlos á todos.

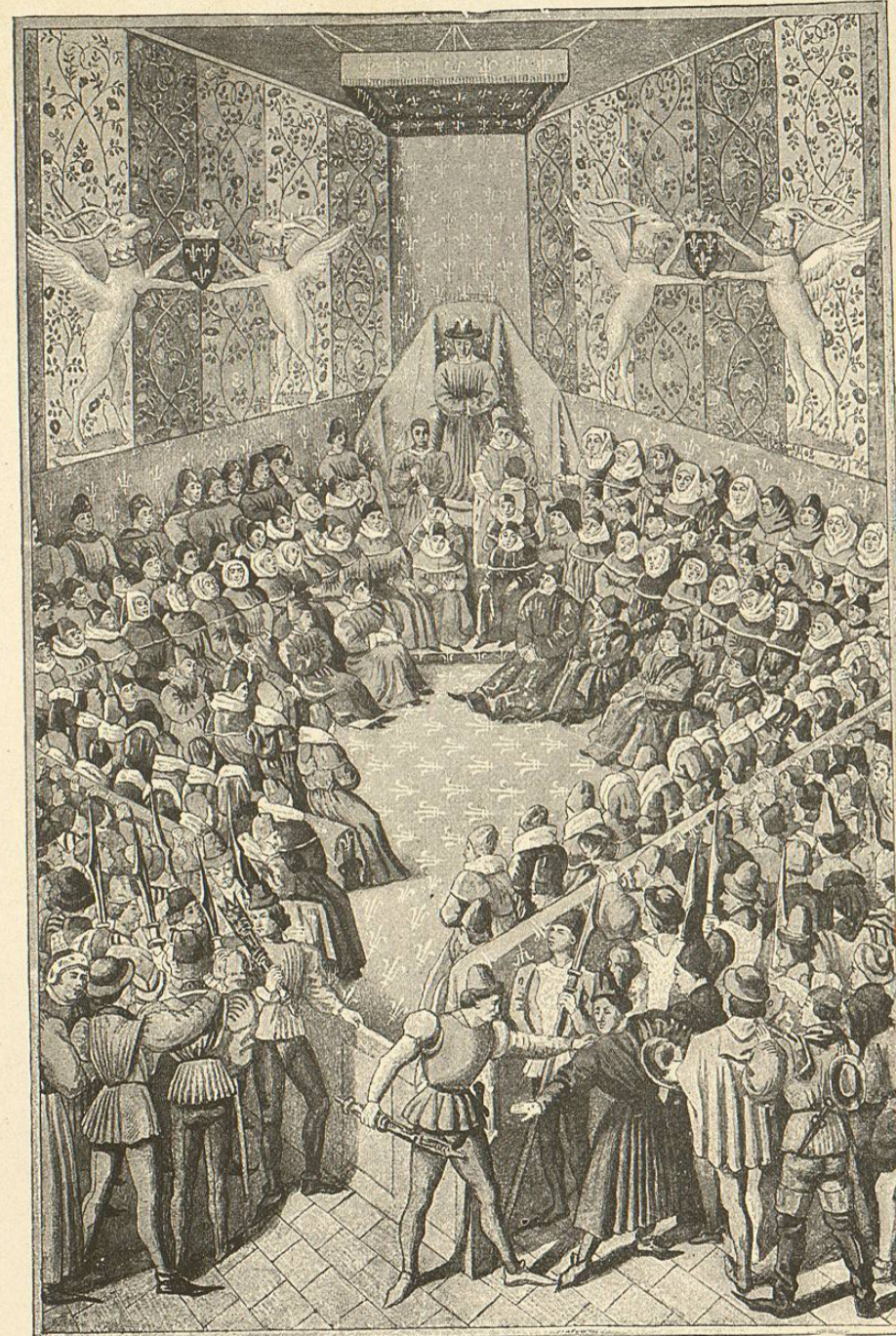
En la corte liviana de su padre, que sin titubear habria dejado caer de su cabeza la corona por no abandonar la



Felipe el Bueno, duque de Borgoña, delante de la Virgen con sus patronos San Andrés, San Felipe y Santa Isabel.  
(Biblioteca Nacional de Paris.)

vida de placeres, era el príncipe heredero un extranjero aislado, taciturno, desconfiado y del cual nadie se fiaba; un estorbo molesto para los cortesanos y las queridas del rey, y una amenaza para ellos en lo porvenir, aunque por el momento sin influencia ni prestigio, porque su padre le tenía sistemáticamente apartado del gobierno y de los negocios políticos. Disgustado y aburrido retiróse Luis al Delfinado, y habiendo enviudado por la temprana muerte de su joven esposa Margarita de Escocia, con la cual le había casado muy joven su padre, se casó en segundas nupcias, contra la voluntad de Carlos VII, con la rica princesa Carlota de Saboya. Llamado repetidas veces á la corte, no se presentó, y su padre, excitado por los cortesanos, que fomentaban la discordia entre padre é hijo, se dispuso á excluir á Luis de la sucesion y á nombrar heredero en su lugar á su segundo hijo Carlos. Luis, temiendo con razon por su libertad y por

su vida, huyó cautelosamente á la corte de Borgoña, donde fué acogido con la mayor distincion y gran alegría, pues que las discordias de la familia real de Francia eran la mejor garantía de la conservacion y aumento del poderío de la casa de Borgoña. Esta se hallaba representada entonces por el duque Felipe el Bueno, el cual naturalmente prometió todo su apoyo á su huésped, con la intencion secreta de destronar á Carlos VII bajo pretexto de defender los derechos del Delfin. Para evitar este peligro los cortesanos aconsejaron al rey que pidiera la extradicion de su hijo rebelde y, en caso necesario, apelase á las armas para lograrla; mas para precipitarse en una guerra con Borgoña faltó á Carlos VII la energía, no obstante que provocó al duque Felipe persiguiendo brutalmente á sus partidarios en Francia, como hizo con el duque de Alençon, el valiente compañero de armas de la doncella de Orleans y por lo mismo muy simpático al pueblo



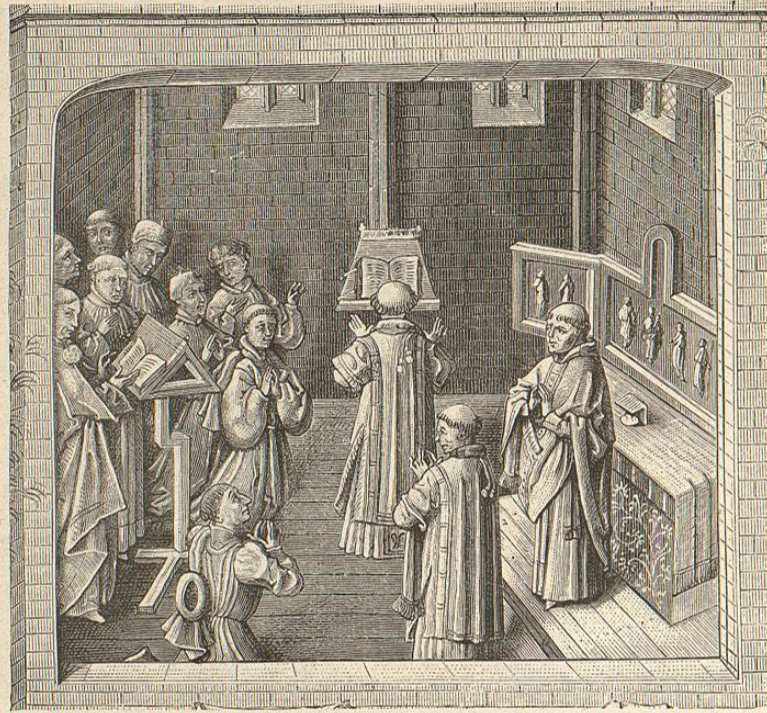
Carlos VII, rey de Francia, haciendo justicia en Vendôme, en 1438.

Miniatura de Juan Fouquet. Acusacion de Juan, duque de Alençon, por haber conspirado con los ingleses contra Francia.

fué la parte que este rey tuvo en las innovaciones militares y administrativas que tanta importancia tuvieron para el porvenir del país y que mas que efecto de la voluntad y talento del rey pudieron introducirse solo por su indolencia y tolerancia.

La muerte del rey hizo regresar del destierro y elevó al trono á su hijo, el Delfin, Luis. Este creyó desde luego que los mismos hombres que siempre habian excitado á su padre contra él y le habian aconsejado que cambiara el orden de sucesion, harian entonces lo posible por poner en el trono á su hermano menor Carlos. Para esta contingencia solicitó el auxilio armado de su huésped, el duque de Borgoña; mas sus temores no se realizaron, porque en todas partes fué reconocido sin dificultad ni resistencia; los grandes y

los magnates y altos dignatarios de la corte y de todo el reino se apresuraron á prestar homenaje al nuevo soberano para ganar sus favores; pero entretanto se efectuó lo convenido entre Luis XI y el duque de Borgoña, el cual le acompañó con un brillante ejército de 4,000 caballeros hasta Reims, donde el nuevo rey fué solemnemente ungido y coronado segun la costumbre tradicional. Si era chocante ver la entrada de Luis en su reino y su coronacion bajo la proteccion fastuosa de un vasallo suyo tan amante de la ostentacion como Felipe de Borgoña, aumentó la singularidad de este espectáculo el contraste material entre el duque majestuoso y el rey, de apariencia mezquina en todos conceptos. No parecia sino que el rey recibia la corona de manos de su vasallo y que bajo la proteccion de éste subia al trono, y en



Escenas de la vida francesa durante el siglo xv.

2. Una capilla durante la celebracion del oficio. (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

realidad en Francia como en Borgoña el mas poderoso de los dos era el vasallo, Felipe el Bueno. Así se hizo evidente en su solemne entrada en Paris, en cuya ocasion el pueblo de la capital mostró de una manera poco tranquilizadora que no habia olvidado los buenos servicios del duque de Borgoña. Luis XI comprendió mejor que nadie la posicion falsa y humillante en que se hallaba al lado del orgulloso duque; pero la prudencia y la necesidad le hicieron tragar la píldora amarga. No olvidó, sin embargo, esta humillacion, la cual influyó mucho en su política, al paso que evidenció su carácter, porque mientras parecia no encontrar medios bastantes para mostrar su agradecimiento por los cinco años de hospitalidad que el duque le habia dado, hospitalidad que habia llevado hasta querer restablecer á su huésped en sus derechos por medio de las armas, y mientras colmaba al duque de presentes, honores y dignidades productivas, estaba en su interior decidido á desembarazarse cuanto antes de su enojoso protector y á sentar su poder real sobre cimientos independientes de aquel vasallo, y bastante sólidos para someterle á su autoridad real, no obstante que parecia deberle su corona.

Este sentimiento y propósito condujo á Luis XI á romper completamente con la política floja é indolente de su padre

y á inaugurar su política con un gobierno personal y tenaz como los franceses no habian visto otro desde el reinado de Felipe el Hermoso. Mostróse suspicaz, desconfiado, arbitrario, déspota caprichoso, duro y hasta cruel, aparentemente contradictorio y sutil hasta perderse de vista; pero fuera de estos defectos y de algunos hábitos en extremo ridiculos, estaba tan penetrado de la esencia, de los derechos y de la mision del poder monárquico, y procedia con tanto cálculo político y tanta constancia en sus proyectos que merece figurar entre los soberanos mas notables de todos los tiempos y países. El fué el creador de la organizacion y gobierno monárquicos modernos en Francia. Su manera de gobernar y su régimen antipático, repulsivo, opresor hasta la crueldad, fué no obstante una fortuna para la nacion. Como el buen médico que habiendo reconocido el origen y sitio del mal aplica al paciente, sin mas consideracion que la de librarle de la enfermedad, el remedio mas á propósito por doloroso que sea, así reconoció y asíó Luis XI por la raíz los males que consumian á la Francia desde los últimos decenios tempestuosos; y si no llegó á curar al país del todo, dejó trazado el camino para ello é hizo con esto posible la curacion.

Este cambio repentino de sistema se dejó sentir desde luego en la corte y en el centro del gobierno. Los hombres



Escenas de una fiesta celebrada en la corte de Paris: bailarines disfrazados de *hombres salvajes*. A la izquierda, colocadas en un podio y bajo doseil, las damas contemplan el espectáculo. En la pared del fondo un aparador con objetos lujosos, junto al cual se ve una habitacion en la que los bailarines parecen quitarse el disfraz; sobre la puerta están los músicos. Miniatura del manuscrito Froissart, en la biblioteca municipal de Breslau.

francés. Este duque, cansado de la postergación sistemática de que era objeto, se puso en contacto con los ingleses para hacer valer con el auxilio de Inglaterra sus derechos menoscabados, y contaba además con el apoyo de su cuñado el condestable Richmond, que ocupaba el trono de Bretaña por extinción de la casa ducal. Esta conspiración era tanto más peligrosa, cuanto que cundía por toda la Francia el descontento á causa del favoritismo que reinaba en la corte y en el gobierno. Pero el plan de los conspiradores fué descubierto á tiempo; Alençon fué preso y sentenciado á muerte, y aunque el rey conmutó la sentencia en prisión perpétua, confiscó su ducado y lo incorporó á la corona. Tanto rigor aplicado á un príncipe de sangre real, clase que hasta enton-

ces se había creído inviolable, pareció de mal augurio al Delfín y al duque de Borgoña. Este ordenó armamentos para estar preparado á cualquiera contingencia, mientras el rey Carlos permaneció como solía completamente inactivo, tanto más cuanto que no se fiaba de las personas que le rodeaban y recelaba especialmente de aquellas de las cuales sabía que mantenían relaciones con el Delfín. Creía que se conspiraba contra su vida, y tan grande era este temor, que atribuyó un dolor de muelas que tuvo á un veneno que pensó le habían dado para matarle. Por este motivo no quiso aceptar alimento ninguno, y siendo ya de constitución débil, acabó por perder la poca salud que le quedaba y murió el 22 de julio de 1461.



Escenas de la vida francesa durante el siglo XV

1. Recepción de un rey y de su comitiva en un castillo: la castellana ha salido á recibir al rey y le saluda arrodillándose delante de él. Miniatura de los *Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot (biblioteca de la universidad de Oxford) (1).

El reinado de Carlos VII fué el más agitado y de más vicisitudes que la Francia hasta entonces había visto. Al principio le hizo guerra á muerte su propia madre, aliada con el enemigo hereditario de su pueblo. Sin ninguna cualidad física ni moral de las que deben distinguir á un soberano, á punto ya de abandonar fugitivo sus mercedos dominios para vivir libre de los cuidados del gobierno y de las guerras y satisfacer en condiciones más modestas sus inclinaciones amorosas y afeminadas, fué sostenido por su pueblo cuando éste en su desesperación se levantó contra el extranjero, que lo tenía ya casi enteramente subyugado. Carlos fué entonces como el representante y paladín de la nacionalidad francesa, á pesar de faltarle todas las cualidades físicas

y morales para representar dignamente este papel, y á pesar de su conducta ambigua cuando no incua para con Juana de Arc. Parece, en efecto, que Carlos VII sintió siempre verdadera pena, ó cuando menos le pesó verse condenado á un papel tan contrario á su carácter, á sus inclinaciones y aptitudes, que de ningún modo se avenían con lo que parecía deber y debía á su pueblo y con lo que éste esperaba de él. Solo en algunos muy contados casos llegó este carácter pequeño á elevarse sobre sí mismo ó se dejó arrebatar á una región más ideal que la en que estaba encerrado su espíritu. Por eso este rey no imprimió ningún sello particular ni al pueblo francés ni á su época; jamás fué director, sino siempre mero ejecutor forzado de la voluntad de la nación manifestada con fuerza irresistible, aunque entonces las ventajas obtenidas fueron para él. No fué él quien salvó entonces á la Francia, sino que la salvó la institución monárquica, venerada por los franceses en aquel representante endeble y en muchos conceptos indigno; y si algún mérito le correspondió en la salvación de su país, no fué más que el de no haberse negado en absoluto al movimiento nacional de su pueblo angustiado y el de haber permitido que este movimiento tomase por bandera su nombre y su trono. No otra

(1) Juan Mielot, que fué secretario del duque Felipe el Bueno de Borgoña (1419-1467), compuso una colección de *Miracles de Notre Dame* adornada con una porción de láminas, pintadas en gris, altamente interesantes así por las bellezas de su ejecución como por la candidez con que están concebidas, pues solo representan lo que el artista realmente vió, reproduciendo fielmente las costumbres de su tiempo. Son especialmente notables entre ellas las escenas de la vida popular, pocas veces copiadas en otras obras. En estas páginas publicamos una colección de ellas que reproducen la vida francesa durante el siglo XV bajo diferentes aspectos (grabados números 1 á 21).